

Recuerdos con historia, 172

HISTÓRICA VISITA INESPERADA

Con revista a la sala-armería

Por V. Navarro

Situémonos mentalmente en el año 1815, es decir, el año siguiente a la finalización de la Guerra de Independencia. El rey Fernando VII estaba exultante y gozaba plenamente del decidido apoyo de la alta y baja nobleza, del clero, de los militares y, por supuesto, de la mayoría de los estratos populares. Apoyos que, algo más tarde, fue perdiendo en buena parte debido a las circunstancias que todos sabemos.

De momento, en pleno Sexenio Absolutista, todo muy normal después de la vuelta al trono del Rey “Deseado” y de las victorias sobre el francés. En los cuarteles había euforia, las salas de banderas rebozaban de alegría y en los regimientos la tropa recibía bendiciones por doquier.

Ahora afinemos un poco más y pongámonos en pleno verano del citado año de 1815, en Madrid, justamente a las siete y media de la mañana. El calor, a esta hora, aún no apretaba demasiado y las gentes del pueblo se estaban desperezando y empezando a salir de sus casas para acudir al trabajo o hacer sus compras. Algunos pudieron ver a un caballero, entre feo y narigón, que cruzaba decidido algunas calles y del que, obviamente, hicieron caso omiso. Detrás, a cierta distancia, seguían al caballero un grupo de “aldeanos” a paso firme y en silencio.

El caballero en cuestión se fue acercando al Cuartel del Hospicio donde residía el primer batallón de las Reales Guardias Valonas de Infantería. Dio la casualidad que, en aquel momento, frente a la puerta principal, los soldados del batallón fuera de servicio estaban siendo revistados, en lucida parada, por el marqués de San Simón, coronel de los citados Reales Guardias. Nadie reparó en el caballero vestido de paisano que, con discreción, vio, observó, no pronunció palabra y, con absoluta decisión, se adentró por la puerta principal del acuartelamiento.

Allí las cosas cambiaron. Lógicamente, los soldados del cuerpo de guardia avistaron al paisano, que aun siendo mes de julio *usaba paletó*, le dieron el alto y, con solo verlo, lo reconocieron de inmediato. Era el mismísimo rey Fernando VII.

Imaginamos la escena absolutamente surrealista: ¡Cabo guardiaaaaa! ¡Sargentooooo! Y el teniente al mando, medio noqueado: **¡¡Rebolas, el Rey!!** En cuanto al capitán de día, a quien solo se le alteraba el pulso cuando el comandante pagador olvidaba abonarle el mes, se puso de inmediato a rezar el *“ora pro nobis peccatoribus...”*

Eso era; sin previo aviso, de incógnito, en impecable traje de paisano, el Rey había conseguido filtrarse por el morro, de buena mañana, en un cuartel de la capital. Tras él también se filtraron aquel grupo de “aldeanos” que lo seguían a distancia y que resultaron ser todos miembros de su escolta personal. Los del batallón de la formación

de fuera no sabían si entrar rápidamente cartucheras en mano o salir pitando calle arriba por si volvían los franceses. Impetuosamente, se improvisó un reverencial besamanos de toda la oficialidad. ¿A qué se debe, se preguntaría estupefacto el atribulado coronel, la presencia de S.M.? El Rey solo venía a visitar, sin previo protocolo ni redobles de tambor ni presenten armas; quería mirar, atisbar las dependencias, recorrer los espacios y las salas, cocinas incluidas, es decir, colarse de rondón para comprobar *in situ* cómo andaban sus queridas y seleccionadas Guardias Valonas.

Lo primero que pidió, recordemos que eran las siete y media de la mañana, fue un “chusco” de los normales, recién horneado para el desayuno de la tropa, que le supo a gloria y así lo manifestó. Al señor coronel le salían los ojos de la cara y al resto de oficiales también. Si media hora antes alguien les dice lo que iba a ocurrir, van y me lo arrestan dos meses por trolero.

Acto seguido, la visita continuó. Todo lo quería ver y comprobar S.M. de cabo a rabo. Incluso dialogó con algunos soldados felicitándolos por su buena disposición, su correcto arreglo y haber oído de sus bocas que el pan y el rancho diarios estaban más que deliciosos. El Rey quedó muy satisfecho de la limpieza general (*polición*, en argot de cuartel) y de comprobar cómo había incluso soldados haciendo guardia a los tambores (*cajas de guerra*, en el mismo argot) y lo bien que estaba la tropa pues incluso, en las cocinas, había un plato de loza para cada soldado. Sobre los mismos fogones el *Real Paladar de F. VII* degustó, con una cuchara, el rancho del día. Cuchara que se prestó a limpiar el Primer Ayudante Mayor acto que le fue impedido por el propio Rey.

Luego le enseñaron el resto de salas y patios del cuartel incluyendo, por supuesto, la sala de armas o almacén-depósito de las mismas. Una vez dentro, un agradablemente sorprendido Fernando VII, comprobada la magnífica colocación del material y el buen estado de revista en que estaba todo el armamento escuchó, según parece, cómo le explicaban y mostraban la última de las muestras- proyecto de sable para oficial de caballería ligera que asombró a unos y otros. Con todo ello y a la vista de tanta perfección, el Rey otorgó el empleo de coronel al sorprendido Ayudante Mayor del Regimiento de Guardias Valonas, don Carlos González, con antigüedad de 30 de mayo de 1815. Auténtico efecto sorpresa que casi deja sin respiro, allí mismo, al propio Ayudante. También concedió, mientras efectuaba la visita, diversas mercedes a varios individuos del batallón.

En la sala de Cazadores, por ejemplo, el Sargento 1º don Felipe Stokman, se postró a los pies de S.M. solicitándole el ascenso a subteniente, cosa que le fue otorgada de inmediato, previo conocimiento de su hoja de servicios, por cierto, excelente.

Al instante siguiente quiso el Soberano asomarse a una ventana para ver cómo evolucionaba y desfilaba el resto del batallón que estaba fuera cosa que, en sus propias palabras, le fue placentera. Más luego, tal vez pensando el Rey que por fin les iba a pillar un poco en falta, quiso comprobar cómo estaban los calabozos. Los halló correctos, pero quiso saber cuáles eran algunos de los delitos de los allí encerrados. Enterado de ciertas

casuísticas, ordenó poner en libertad a dos de ellos concediéndoles la plenitud del indulto.

En estas, ya llevaban un par de horas de pie. Se imponía un descanso en el despacho del Jefe. Allí, el Monarca, que de satisfecho estaba que se salía del mapa, procedió a ascender y condecorar a diversos cabos, sargentos y oficiales del batallón incluyendo la autorización al propio Jefe, el antes citado Marqués de S. Simón, para que este pudiera expedir varias licencias absolutas a los soldados merecedores de ellas.

De pronto, sonaron las diez en la relojería cuartelera. Era llegada la hora de partir. Lo que también sonó fueron los innumerables gritos de ¡Viva el Rey! de la tropa en el interior del cuartel y de la multitud de fuera que se había agolpado frente a la puerta cuartelera porque la noticia había corrido como la pólvora por calles y plazas. Y, entonces, ni corto ni perezoso, al menos por una vez, el Rey regresó tan tranquilo a palacio (se supone que ahora en carroza escoltada) para contárselo todo a su sufrido secretario personal si es que, al pobre, aún le quedaba ánimo para escucharle.



Retrato de Fernando VII por Francisco de Goya

Ese es uno de los retratos al óleo del rey Fernando VII a quien, como a sus antecesores de la Casa de Borbón, el pintor colocó los pies en complicada posición de ángulo recto. En principio, se puede pensar que esta pose se trataba de una curiosidad o una moda, pero no es así. Seguramente inauguró este posicionamiento de pies el rey Luís XIV de

Francia. Pues bien, ni curiosidad ni moda, porque la postura de los pies, asombrémonos, corresponde a la llamada 4ª posición de ballet clásico. En aquella época los reyes y la alta nobleza eran los únicos que recibían clases de ballet y dominaban los diversos bailes propios y exclusivos de su elevada posición social. De ahí la costumbre de provechar los retratos oficiales para mostrarlo a todo el pueblo. Al mismo Luís XIV, consumado danzarín, se le llamó Rey Bailarín antes que Rey Sol.



Parece ser que el sable que le presentaron a Fernando VII, como ejemplar muestra extraordinaria de un producto recién diseñado y, tal vez, proyecto a ser declarado reglamentario en un próximo futuro, era el de las imágenes adjuntas. No se puede saber cómo pudo llegar a este acuartelamiento la tal arma blanca y, seguramente, otras muchas de diversos tipos, si bien pudo ser una especial atención de la Fábrica de Toledo a tan distinguido batallón de Reales Guardias Valonas.



Los espagólogos y estudiosos pueden dar fe de que es un arma realmente rara y muy difícil de localizar y examinar. Posee elementos en su estructura que preconizan leves variaciones de diseño ya insinuadas en sables tipo espadas de montar para el Real

Cuerpo de Guardias de Corps de la primera década del siglo XIX. Entre ellas, la monterilla con resalte en toda su longitud y en cuyo pomo ya se viene a insinuar lo que será, en un futuro inmediato, un corto “tejadillo” hacia el exterior. También se observan en el pomo sendos “botones” laterales, que lo hacen pieza estilo “sable para oficial de caballería ligera años 1815/20” pero del que, en este caso concreto, diríamos que es un “avanzado”, un ejemplar “avant la lettre”, es decir, un pionero. Por eso se lo mostrarían al Rey, medio sonriendo, pero con las piernas temblando como flanes.



Sin embargo, hay otros aspectos de la guarnición, como por ejemplo la ausencia de amplio plano base, el diseño con aro guardamano, pero solo dos gavilanes y la presencia de guías de vaina, que sitúan al sable entre los fabricados en la segunda década del siglo XIX y de los que existen localizados diversos ejemplares. En cambio, sorprende la presencia de un pequeño gavilán en la parte izquierda, muy bajo, que suponemos “innovación especial” al estilo pequeña “contraguarda” pero que no tuvo continuidad en guarniciones posteriores.



En cuanto a la hoja, sí es de diseño que podríamos llamar, con permiso de los puristas, “Guerra de Independencia” dada su arquitectura y exagerada flecha de 10 cm, es decir, su gran curvatura, aunque, en este caso, aparecen posibles pistas (el propio diseño, los

decorados de la bigotera y la pequeña "S" insinuada en el lomo) de haber estado forjada y adquirida en Solingen cosa relativamente normal en la época.



La muy honrosa e histórica leyenda de la hoja escrita por ambas partes.